



Carlos Alejandro / Olga de León

Dos cuentos de espías

1.) La víspera de Año Nuevo.

Espías se asomaban desde el terreno baldío lleno de hierbas frente a su casa. Un costado de la recámara miraba al monte aquel donde tres adolescentes esperábamos que algo sucediera; yo debí imaginar exactamente qué. Quince minutos antes, Sergio había llegado acompañado de Ruldo a mi casa, siendo de noche resultaba un tanto extraño que alguien tocara a la puerta de mis padres: quería pedirme prestado el regalo de Navidad que había recibido hacía casi una semana. Y esa noche, víspera del último día del año, yo no deseaba soltar mis binoculares, por lo menos no sin ir yo mismo con ellos, saber para qué los necesitaba y asegurarme de que ningún daño pudieran sufrir.

Ruldo se encontraba ante mi puerta porque Sergio se lo había pedido: quiso que lo acompañara; sabía perfectamente que con Ruldo a su lado yo pondría poca resistencia, y él obtendría prestado el codiciado objeto.

Subimos por la calle hacia el cerro para dar luego vuelta a la derecha e introducirnos en el monte. Debían ser las siete de la noche. Por entre la hierba atravesamos hasta el otro lado para situarnos detrás de un matorral cercano a la acera, frente a la casa de Judith. Sergio sabía que a esa hora, la hermana de su amigo solía tomar un baño de regadera. Las luces de la recámara se encendieron a los pocos minutos de que nos sentamos sobre piedras, él con los binoculares en la mano.

- ¿Qué ves? -preguntó Ruldo.

- Nada, ustedes sshh.... -respondió Sergio riendo.

Sergio era dos años mayor que nosotros, aunque los tres cursábamos el mismo primer grado de secundaria.

- Todo llega a su tiempo -dijo Sergio reflexivamente, copiando quizás una frase que había escuchado de algún adulto.

- ¡Está haciendo frío! -exclamé yo. - ¡Ya vámonos!

- ¡Esperen! -gritó Sergio mesuradamente. -Estamos espionando a Judith.

Ruldo y yo volteamos a vernos, sonreímos.

- Está haciendo frío, Sergio. -confirmó Ruldo.

- No la vas a poder ver encuerada -le dije yo, - está haciendo frío y ha de traer suéter.

- Va a salir del baño en toalla, menso, -replicó Sergio.

- Todo llega a su tiempo, no se desesperen, -volvía a decir Sergio sin despegar sus ojos de la vista que enfrentaba a través de los binoculares, como si el premio a su esfuerzo fuese la mirada del cuerpo desnudo de una adolescente durante una fracción de segundo. Esperamos una hora más.

- Está haciendo frío, ya me quiero ir, insistió Ruldo. O hagamos una lumbrita. -Propuse yo.

- ¡No, aquí no!

Y entonces, la cortina rosa de la recámara corrió lenta pero certera, cerrándose totalmente a lo largo de la ventana. No había nada más que hacer.

- Todo llega a su tiempo, -volvía a decir Sergio, quizás ahora lo repitió solo para sí mismo: resignado; mientras, levantándose de la piedra sobre la que había estado sentado, extendiendo su brazo y con un ligero movimiento asertivo de

cabeza, vuelve los binoculares hacia mí.

Por esa noche, nuestro primer trabajo de espionaje había llegado a su término.

2.) Una espía disfrazada: ¡a escena!

- ¡Hola!, preciosa. Cómo te va. ¿...a mí?, muy bien. Figúrate, estreno con la Nena esta nueva temporada de teatro. ...¡ajá!, sí, estoy actuando en... Sí; sí, muy bien, espero verte por allá. ¡Que a ti también te vaya excelente! (arrastrando los sonidos de s, c y x).

El semáforo cambió del rojo a verde. Arranqué el auto con una mueca en mi rostro que reflejaba la alegría del encuentro y la sor-

presa recibida. Con ella siempre había algo nuevo que escuchar: algunas desventajas o bendiciones desconcertantes, desgracias menores, aventuras del diario vivir, cualquier cosa: siempre diferente, nunca algo común ni trillado. Tampoco quejas, esas no valen, solía decir, son pretextos de pusilánimes y flojos.

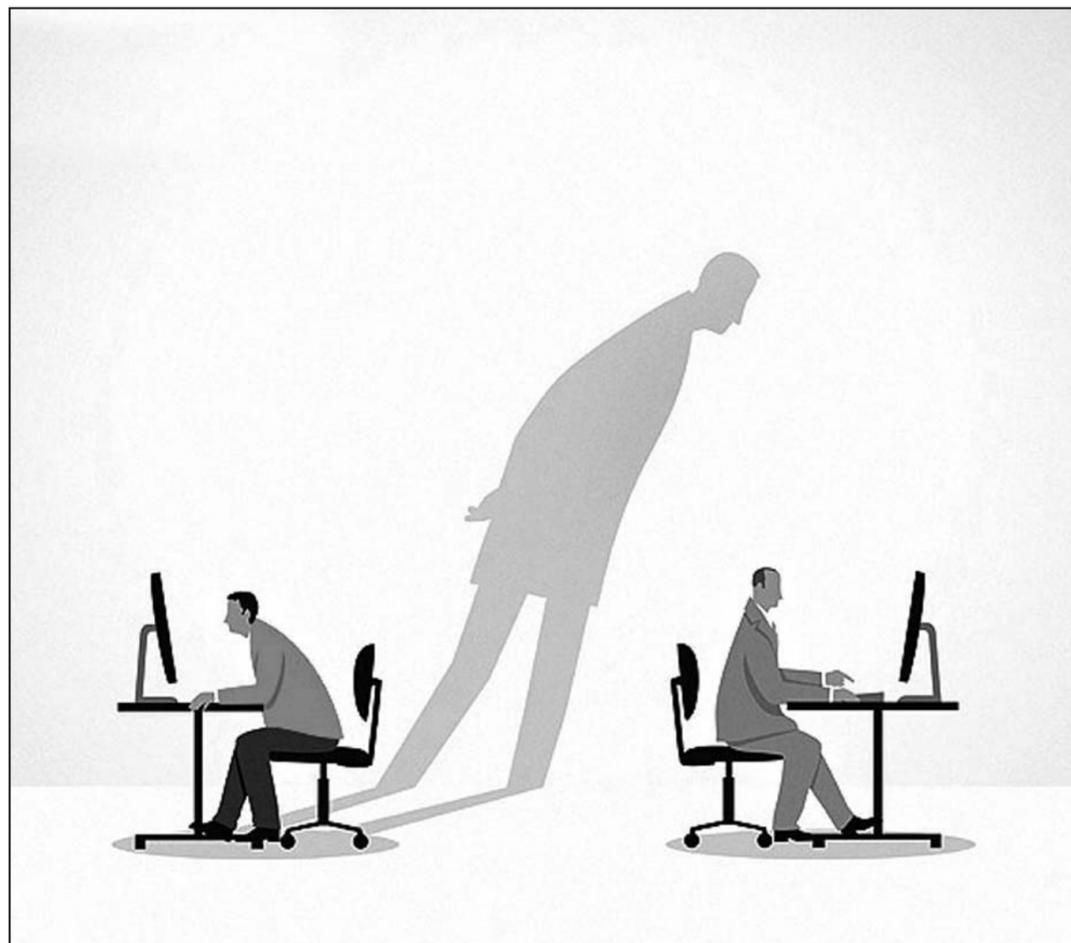
En aquella ocasión, habíamos tenido una charla de mujeres en edad respetable, activas y trabajadoras (cada cual en lo suyo) con singular alegría por el personal destino y el rumbo que cada cual tomó no sin cierta intencionalidad vocacional, fortuita u obligada por las circunstancias. Fue cuando la observé directamente a los ojos, como se mira a quien habla con uno, y una quiere mostrarle el interés que despierta lo que está diciendo.

...en realidad la miraba, pero también pensaba: -¿Por qué me confía tales intimidades?: Apenas la conocí hace dos semanas, no hemos tenido sino tres encuentros, fortu-

- "...siento confianza contigo, por eso voy a responder a tus preguntas".

Y lo dijo antes de que yo iniciara la entrevista; enfrentó mis dudas no planteadas, como si adivinara lo que estaba pasando por mi mente, mientras mis oídos la escuchaban y mis ojos la veían con atención, una sincera atención que pretendía no perderse ningún movimiento, ninguna frase, además o giro que tomase su eventual presencia frente a mí, ese día en que la invité a comer un coctel de camarones y ceviche de pescado.

A pesar de su desparpajo para hablarme sin tapujos de lo que era y lo que no era, ni sería jamás, aunque los demás si lo eran, lo fueron y seguían siéndolo: mercaderes o esbirros disfrazados de



vendadores (en realidad, al servicio de las mafias privadas y oficiales), esos con los que trabajaba diariamente bajo el puente mientras el semáforo estaba en rojo; en tanto, yo no podía evitar seguir pensando y preguntándome en silencio: ¿será una espía?, ¿para quién trabajará?

- Sí, no me olvidaré, iré... (nunca voy al teatro, no aquí).

- Nos vemos, preciosa.

- Tampoco leí sus poemas, y sin embargo, no dudo de la existencia de esa libreta en donde ella lleva registro de cuanto ha escrito. Se la conoce como la maja callejera, y no es mujer de la calle, sino la espía de los malos.

Tiene un hijo, al que poco ve. Y, aunque él no es lo que ella supone, Ben sobrelleva su existencia; es el guardián de sus propios tropiezos, "estudia en el extranjero", pero siempre aparece cuando ella más lo necesita: luego se va y no regresa en varios meses: eso cuenta V.

- Mi madre -dice Ben- no duerme en casa, es dueña de su tiempo: encuestadora a ratos, actriz, química, poeta...

- Y promotora de sonrisas: -añade la de la voz.

Caminaba bajo el puente ofreciendo historias, junto con las "chácharas", relatos fantásticos o reales, como los que me refirió aquel día.



Edgar Neville

(Madrid, 1899 - id., 1967) Escritor y director de cine español. Estudió derecho en la Universidad Central de Madrid, ingresó en 1922 en la carrera diplomática y alternó la actividad profesional con una carrera literaria iniciada con sus crónicas sobre la guerra de Marruecos (1921). Después colaboró en las publicaciones Blanco y Negro, Nuevo Mundo y algunas revistas de humor, al mismo tiempo que publicaba la colección de relatos Eva y Adán (1926) y la novela Don Clorato de Potasa (1929), cuyo título ya denota el carácter humorístico que Neville imprimió a toda su obra posterior.

En 1929 viajó a Estados Unidos y se hizo cargo del consulado de España en Los Ángeles, donde entró en contacto con el mundo del cine, que por aquella época se convertía en sonoro, y recibió varios encargos para escribir las versiones españolas de filmes realizados en Hollywood, como Yo quiero que me lleven a Hollywood (1931).

Vuelto a España, dirigió la película El malvado Carabel (1935), basada en una novela de Wenceslao Fernández Flórez; en Italia rodó los filmes Frente de Madrid (1939) y Sancta Maria (1941). Durante la posguerra española adaptó para la gran pantalla La torre de los siete jorobados (1944), de Carrere, y en 1947, Nada, de Carmen Laforet. Según la crítica cinematográfica, sus mejores trabajos como director de cine fueron El último caballo (1950) y Duende y misterio del flamenco (1952), la única película en la que su elegante estilo literario encontró una adecuada correspondencia cinematográfica.

En sus diversas obras de teatro se perciben influencias de autores como Miguel Mihura, J. López Rubio y Víctor Ruiz Iriarte. A Margarita y los hombres (1934) siguió su pieza más célebre, El baile (1952), que consiguió un gran éxito y cuya versión cinematográfica dirigirla él mismo en 1960. Después escribió Veinte años (1954), Adelita (1955), Prohibido en otoño (1957) y La vida en un hilo (1959).

ad pēdem
literae

"El único realista de verdad es el visionario."

Federico Fellini

letras de
buen humor

"Los animales son buenos amigos, no hacen preguntas y tampoco critican".

George Elliot

En interiores...

Ecuador

Oscar G. Baqueiro

Página 2

La rosa de Coleridge

Janice Oddun

Página 3

La Voz del Papa

Mons. José Gómez

Página 4